

Tan cerca, tan lejos. Cuba y los Estados Unidos (1860-1960)

Louis A. Pérez, Jr.

Historiador. Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill.

Las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos abarcan mucho más que las relaciones entre los gobiernos de Cuba y los Estados Unidos y sus respectivas políticas exteriores. A menudo se hace caso omiso de las relaciones entre cubanos y norteamericanos. Una comprensión más abarcadora de esas relaciones requiere un estudio de los lugares y circunstancias en que cubanos y norteamericanos las establecían, tanto en Cuba como en los Estados Unidos, de sus consecuencias para la historia de Cuba y de su influencia sobre las actitudes políticas, valores sociales y formas culturales cubanas.

Los norteamericanos resultaron especialmente vulnerables a la conmoción que significó el advenimiento de la Revolución cubana en 1959. El cambio radical afectó vital, directa y objetivamente los intereses de los Estados Unidos, y la proximidad dio a estos acontecimientos un sentido de inmediatez y urgencia que, naturalmente, también les confería su contexto de guerra fría. Pero había mucho más. Los norteamericanos conocían a los cubanos, y viceversa. Habían llegado a conocerse bien. Cuba estaba muy cerca, y hacía mucho tiempo que la conocían. Los cubanos habían vivido en West Tampa y en el Upper West Side de Nueva York. La cultura norteamericana —tanto la erudita como la popular— es rica en imágenes de Cuba. El cha-cha-chá en el cinturón del borscht y la rumba en

Broadway, así como la música de Pérez Prado y de Xavier Cugat. George Gershwin interpretó la isla en su *Obertura cubana*. Irving Berlin dio una versión algo diferente en su canción *I'll See You in C-U-B-A* y Mae West presentó aun otra versión en su *Havana for a Night*.

Los ritmos cubanos se colaron virtualmente en todas las formas musicales en los Estados Unidos, pero en ninguna otra con un mayor efecto inmediato y con un impacto más duradero que en el jazz: en la música de George Russell, Dizzy Gillespie, Stan Kenton y Cal Tjader, entre otros. Las melodías cubanas llegaron a los primeros lugares en el *hit parade* de música *pop*. Las exitosas melodías *The Breeze and I, Yours, Always in My Heart, Green Eyes, Two Hearts that Pass in the Night, Come Closer to Me* y *Time Was*, tienen algo en común: son composiciones cubanas con letras en inglés. La música popular de los años 40 y 50 en los Estados Unidos estaba repleta de temas cubanos: *In Havana, In Gay Havana, One Night in Havana, Weekend in Havana, Under a Cuban Sky, Under the Cuban Moon, In a Cuban Garden, At a Cuban Cabaret, My Cuban Dream, My Cuban Pearl, The Moon Over Cuba Was So High and So Was I*.

La música cubana hizo bailar a tres generaciones de norteamericanos, y era una parte obligatoria del repertorio de casi todas las orquestas de baile en los Estados Unidos.

En los años 30, la rumba inspiró canciones como *Rhumba on a Cloud*, *The Rhumba Jumps*, *Doin' the Rhumba*, *Rhumboogie*, *Blame it on the Rhumba* y *When Yuba Plays the Rhumba on the Tuba*. En los años 40 la conga se hizo tremendamente popular, con composiciones como *The Can-Can Conga*, *Kindergarten Conga*, *Boogie Woogie Conga*, *That Happy Conga*, *Goin' Conga* y *I Came, I Saw, I Conga'd*.

A finales de los años 40 y principios de los 50, el mambo hizo furor en las pistas de baile de los Estados Unidos. Perry Como proclamaba que *Papa Loves Mambo* y Rosemary Clooney cantaba un curioso *Mambo italiano*. Sophie Tucker alcanzó un modesto éxito con *Middle Aged Mambo*, mientras que Ruth Brown llegó al número uno en las listas de Rhythm and Blues con *Mambo Baby* y Bill Haley se anotó una con *Mambo Rock*. Al surtido de grabaciones para las Navidades de 1954 se añadieron *Jingle Bell Mambo* y *We Wanna See Santa Do the Mambo*. En 1957, Leonard Bernstein incluyó una secuencia de mambo en *West Side Story*, al tiempo que el circo Ringling Brothers and Barnum and Bailey presentaba un número de mambo con elefantes bailarines.

Por esa época llegó el cha-cha-chá, una suerte de fenómeno que derribó las barreras de la edad, la raza, la etnicidad y la clase. Sam Cooke tenía razón al afirmarlo en su muy exitosa canción: *Everybody Loves Cha Cha*. La orquesta de Tommy Dorsey grabó una versión más elegante —*Tea for Two Cha Cha Cha*— para los cuarenta más grandes éxitos. Nat King Cole encontró un auditorio completamente nuevo con sus interpretaciones. Y durante un tiempo, pareció que todo andaba al ritmo del cha-cha-chá.

Las imágenes y los sonidos de Cuba —reales o imaginarios— les fueron muy útiles a Hollywood durante varias décadas. Entre la de los años 20 y la de los años 50, docenas de filmes utilizaron a Cuba como fuente o escenario para sus argumentos: *Cuban Love Song* (1931), *Girl from Havana* (1940), *Weekend in Havana* (1941), *Moonlight in Havana* (1942), *Club Havana* (1946), *Holiday in Havana* (1949), *Havana Rose* (1951), *Santiago* (1956), *Affair in Havana* (1957) y *Our Man in Havana* (1960).

Cuba y los cubanos aparecían a menudo en obras populares de ficción, en los trabajos de Ernest Hemingway, Graham Greene, Leon Uris, James Street, Josephine Herbst, Norman Lewis y Langston Hughes. En el mundo del boxeo estaban todos los *kids* cubanos: Kid Chocolate, Kid Gavilán y Beny Kid Paret. Y en la pelota, Sandy Amorós, Camilo Pascual y Minnie Miñoso, entre muchos otros. A las nueve en punto de la noche, todos los lunes, el Ricky Ricardo de Desi Arnaz hacía reír a América en *I Love Lucy*.

Estas listas de una calidad tal vez intangible son anecdóticas, pero en su conjunto indican sugerentemente la presencia de Cuba en la cultura norteamericana y la base sobre la cual los norteamericanos presumían de familiaridad con lo cubano. Ellos [los cubanos] parecían ser como nosotros

[los norteamericanos], y en muchos sentidos lo eran. Existía una genuina afinidad entre ambas culturas, que permitió el desarrollo del afecto entre los dos pueblos.

Los antecedentes de esta relación databan de los albores del siglo XIX. La proximidad explica muchas cosas, y la geografía, de la que surgió una singular desenvolvadura en el contacto y en la facilidad para comunicarse, puede ayudar a entender muchas otras. No había en América Latina otra nación con la que los Estados Unidos se hubieran involucrado tan estrecha y tempranamente, ni con la que percibieran más directamente relacionadas sus necesidades comerciales y estratégicas. Una vez establecidas, las relaciones entre cubanos y norteamericanos asumieron su propia lógica.

Estos acontecimientos facilitaron contactos de otra índole. A mediados del siglo XIX se inició una enorme oleada migratoria cubana hacia los Estados Unidos, un éxodo que adquirió las proporciones de una diáspora. Decenas de miles de cubanos se pusieron en estrecho y prolongado contacto con la cultura y las instituciones norteamericanas. Sus experiencias garantizaban que la influencia norteamericana penetraría la sociedad cubana profunda e indeleblemente. Los cubanos se nutrieron libremente de la cultura norteamericana en hábitos, gustos, preferencias y muchas otras formas que no se pueden apreciar plenamente, y de consecuencias imposibles de medir.

El progreso llegó a Cuba bajo la forma de lo norteamericano. Los cubanos no podían evitar contemplar asombrados los prodigiosos logros de la cultura material norteamericana, muchos de los cuales ya estaban transformando la forma en que vivían en su propio país. La Spanish-American Light and Power Company of New York iluminaba las noches de La Habana con lámparas de gas, para admiración de los habaneros. Los norteamericanos edificaron los ferrocarriles que vinculaban las ciudades, construyeron las redes eléctricas y los sistemas de telégrafos y teléfonos.

En resumen, los cubanos conocieron íntimamente a los Estados Unidos. Estaban familiarizados con su historia, su política, sus modos. Pero la familiaridad también creaba ambivalencia. De hecho, a muchos cubanos sus experiencias en los Estados Unidos les sirvieron para aumentar su admiración por lo norteamericano y confirmar la lógica de las estrechas relaciones. Los productores veían las ventajas económicas, los liberales admiraban las instituciones democráticas, y la clase media en ascenso no podía sino considerar el progreso material de los norteamericanos y la promesa de sus vastas capacidades productivas con nada menos que respeto y expectativas.

Pero había quienes dudaban y disentían, cubanos a quienes la familiaridad con los Estados Unidos les servía para fortalecer su decisión de lograr una nacionalidad separada. Los cubanos de color padecían a causa de las políticas y las prácticas racistas. Los trabajadores cubanos fueron testigos de —y en algunos casos experimentaron directamente— la mano dura de las prácticas antiobreras. En Tampa y Cayo Hueso esas actitudes se fundían con la

hostilidad social y el sentimiento nacionalista, y periódicamente hacían erupción como violencia del Ku Klux Klan contra las comunidades cubanas.

Después de la guerra de independencia de 1898, la emigración se invirtió: miles de norteamericanos llegaron a Cuba, una nueva generación de autoproclamados pioneros que volvió a representar conscientemente el drama de la conquista de la selva, solo que esta vez en el trópico. Llegaron a la Cuba desgarrada por la guerra como aventureros y jugadores, como especuladores y corredores de bienes raíces, pero sobre todo como pequeños propietarios y colonos, atraídos a Cuba por la promesa de tierras y medios de subsistencia. Invadieron la isla buscando tratos ventajosos y tierras baratas, y en el proceso desplazaron a los cubanos, reclamando la posesión de vastas extensiones del territorio nacional.

La creciente presencia de los Estados Unidos en Cuba vino acompañada de la expansión de formas culturales norteamericanas, nunca más visibles o con mayores consecuencias que en el creciente empleo del idioma inglés. Lo que esto implicaba resultó tempranamente claro. Si las relaciones con los Estados Unidos seguían expandiéndose, no hacía falta ser adivino para percatarse de la importancia del inglés: el éxito en Cuba sería de quienes estuvieran preparados para afrontar el futuro. El conocimiento del idioma inglés era una barrera contra la indigencia. El protagonista de *Los inmoraes* (1919), del escritor cubano Carlos Loveira, reflejó la sabiduría popular: «saber inglés es tener la garantía de no quedarse sin trabajo nunca».

El inglés se convirtió en sinónimo de seguridad económica y de movilidad social: no se escatimaban esfuerzos por dominarlo. Las familias pudientes matriculaban a sus hijos en escuelas norteamericanas. Muchas empleaban institutrices norteamericanas a tiempo completo. Algunas contrataban los servicios de tutores privados. Otros estudiantes cubanos competían por becas para estudiar en colegios y universidades norteamericanos. Los institutos y cursos por correspondencia de idioma inglés se convirtieron en prósperos negocios en La Habana.

Los maestros norteamericanos también viajaban a Cuba, principalmente como misioneros protestantes. De hecho, ningún otro grupo desempeñó un papel tan importante en cuanto a facilitar la integración de Cuba en las estructuras normativas norteamericanas. Al principio, llegaron durante la ocupación militar, en grupos dispersos. Después arribaron oleadas sucesivas en representación de las principales denominaciones protestantes: bautistas, cuáqueros, adventistas del séptimo día, presbiterianos, congregacionalistas, luteranos, discípulos de Cristo, pentecostales y episcopales. De hecho, en un momento dado llegaron tantos misioneros protestantes a la Isla, que la competencia entre las denominaciones muy pronto escapó a todo control. En una conferencia interdenominacional celebrada a principios de la década de 1900, los protestantes ratificaron formalmente sus respectivas esferas de influencia: los bautistas del norte reclamaron las dos provincias orientales, y los del sur se ubicaron en las cuatro occidentales. Los cuáqueros y los metodistas se dividieron a Cuba oriental. Los presbiterianos

y los congregacionalistas se asentaron en el oeste, mientras que Matanzas y Santiago de Cuba fueron asignadas a los episcopales.

Los misioneros protestantes llegaron tempranamente y se expandieron con facilidad. Patrocinaron programas de instrucción doméstica y vocacional, y de entrenamiento agrícola e industrial. Los misioneros operaban algunas de las más prestigiosas escuelas primarias y secundarias, escuelas de comercio e instituciones de educación superior. Establecieron programas para la enseñanza del idioma inglés y proyectos para educación de adultos. Inauguraron orfanatos, dispensarios, clínicas y hospitales. Y todo esto con resultados: para la década de los 50, decenas de miles de cubanos pertenecían a una u otra de las numerosas denominaciones protestantes en Cuba; los predicadores protestantes eran más numerosos que los sacerdotes católicos y había más capillas protestantes que iglesias católicas.

La presencia norteamericana en Cuba adquirió formas institucionales durante las primeras décadas del siglo xx, quizás más manifiestamente en el «ghetto dorado» de La Habana que en otras partes. Los expatriados se organizaron socialmente en el Jockey Club, el Havana Biltmore Yacht and Country Club, el Cuban Athletic Club, el Havana Yacht Club, el Vedado Lawn Tennis Club y el American Club of Havana, y en asociaciones cívicas y profesionales: el Women's Christian Temperance Union, la YMCA, los clubes de Rotarios y Leones, los Knights of Columbus, la American Legion, el Women's Club of Havana, el University Club, las Daughters of the American Revolution y los United Spanish War Veterans.

Durante esas décadas, Cuba surgió como un centro para el turismo norteamericano. De hecho, Cuba era una de las primeras opciones para los viajes masivos de norteamericanos al extranjero. Un estimado de doscientos mil turistas durante la década de 1910 aumentó a quinientos mil en los años 20 —y casi todos venían por lo mismo: el ron, la rumba, el romance, la ruleta y las carreras. La Habana se convirtió en el lugar para que los norteamericanos se divirtieran e hicieran todo lo que no hacían —o no podían hacer— en casa, en un sitio para burlar abiertamente a la moral y los tabúes sexuales que conformaban el carácter de la vida pública norteamericana. Este era un tipo particular de turismo, organizado principalmente alrededor del vicio comercializado. Los bienes y servicios que los norteamericanos prohibían en los Estados Unidos eran estimulados en Cuba: las bebidas alcohólicas, el juego, la prostitución y las drogas. Eran los años de la Ley Seca, y los norteamericanos iban a Cuba, en enjambres, para poder tomar. Los bares se multiplicaron prodigiosamente en La Habana hasta superar los siete mil; la prostitución y las drogas —el opio, la heroína y la morfina— eran solo algo más difíciles de obtener que el ron, el whisky y la ginebra. Cuba se convirtió en un lugar exótico de promiscuidad y libertinaje, donde lo ilegal estaba permitido; un lugar, como dijo en 1923 un entusiasmado viajero, donde «la conciencia se toma unas vacaciones».

La presencia de los Estados Unidos asumió otras formas fuera de La Habana. Las grandes corporaciones azucareras

funcionaban como estados dentro de un Estado. A menudo asumían proporciones de principados y dominaban casi totalmente a las comunidades circundantes. Establecían caseríos norteamericanos en sus confines, poblados principalmente por técnicos, químicos y agrónomos norteamericanos, gerentes, administradores y sus familias. Esos caseríos se desarrollaron hasta convertirse en enclaves privilegiados y zonas exclusivas donde se reproducían los patrones sociales y raciales de la vida en los Estados Unidos. Mantenían clubes sociales, hospitales y clínicas, iglesias, escuelas y policía privada, separados y segregados.

La influencia norteamericana se expandió por Cuba casi desenfadadamente. Y si bien resulta imposible evaluar su impacto de manera exacta, se debe asumir que fue importante y, en determinadas situaciones y circunstancias, abarcadora. Los cubanos que querían una vida mejor para ellos y sus hijos encontraban pocas alternativas y sus opciones eran limitadas. En la medida en que se expandía el control norteamericano sobre los recursos naturales, la tecnología y la economía en su conjunto, se le hacía crecientemente difícil a cada vez más cubanos encontrar alternativas para adaptarse a los norteamericanos. Esta era la realidad social que prevalecía en la Cuba prerrevolucionaria, y los cubanos estaban obligados a aprovechar las ventajas y las oportunidades donde quiera que pudieran encontrarlas. Se exigía a muchos que dominaran los métodos norteamericanos y que inevitablemente, adoptaran las más abarcadoras nociones ideológicas y culturales en que aquellos estaban basados. La cultura norteamericana constituía el rasero con el cual se medía la modernidad y, por ello, el modelo a imitar. El nivel de vida norteamericano era la base para juzgar el bienestar material en Cuba y, por lo mismo, el nivel de vida al que había que aspirar.

En verdad, la expansión de la presencia norteamericana fue tan rápida y dilatada que resultaba casi abrumadora. Era sobre todo una presencia visible: clubes sociales, organizaciones cívicas y profesionales, periódicos y revistas; la interminable sucesión de turistas, diplomáticos, misioneros y marineros. En las primeras décadas del siglo xx, los norteamericanos controlaban los principales sectores de la economía nacional: el azúcar, el tabaco, las minas y las haciendas, el comercio, las comunicaciones y el transporte, los bancos, los servicios públicos. Eran propietarios de una vasta porción del territorio nacional. Operaban los mejores colegios y presidían los más prestigiosos clubes sociales. Vivían en circunstancias privilegiadas en La Habana y en las grandes plantaciones azucareras. Eran prestamistas, terratenientes y agentes del poder. Compraban y vendían políticos y policías cubanos como compraban fincas y fábricas. Parecía que el futuro pertenecía a los norteamericanos, y ¿qué cubano iba a arriesgar que se le dejara en el pasado?

Pero como la presencia norteamericana en Cuba era tan visible, y tan visiblemente privilegiada, también engendró hostilidad y resentimiento. Ofendía a la autoestima nacional, tanto a la de los nacionalistas radicales que denunciaban la muerte de la *patria*, como la de los patriotas conservadores que lamentaban el envilecimiento

de la *cultura*. Estas circunstancias se combinaron para influir profundamente sobre el carácter del nacionalismo cubano. Los esfuerzos cubanos por promover la movilidad colectiva y la autodeterminación asumieron tonos de un creciente sentimiento antinorteamericano, porque la defensa del *status quo* se había convertido en una de las funciones principales de la presencia norteamericana.

Estas condiciones persistieron después de la Segunda Guerra Mundial, mientras los contactos crecían en frecuencia y duración. Los avances en el transporte y las telecomunicaciones acercaron aún más a norteamericanos y cubanos. En ninguna otra parte fue esto tan visible como en la conexión Miami-La Habana. Es conveniente apelar a la noción de «cultura de la frontera» al pensar en Miami-La Habana en los años 40 y 50, sin olvidar, naturalmente, algunas notables diferencias. Eran intercambios de los ricos —viajeros de clase media y residentes— que participaban en la corriente principal de consumo, ocio y recreación. Los cubanos desarrollaron una fijación con Miami y una casi insaciable demanda de bienes de consumo norteamericanos. Iban de vacaciones a la Florida, pero principalmente para comprar. Decenas de miles de cubanos hacían anualmente sus compras en Miami: gastaban más de setenta millones de dólares al año. Para principios de los años 50, las extravagantes compras de los cubanos en los Estados Unidos eran tan usuales, que los comerciantes de la isla demandaron una legislación que restringiera las compras cubanas en el extranjero.

Los contactos a esta escala con los norteamericanos, por períodos tan sostenidos, ejercieron aún más influencia sobre las actitudes y el comportamiento cubanos en formas más o menos visibles. La radio, y especialmente las películas y más tarde la televisión, las tiras cómicas, las revistas y los periódicos, influyeron en las preferencias cubanas desde la forma de educar a los niños hasta las modas, desde la planificación familiar hasta las vacaciones familiares, desde las dietas hasta el baile, las convenciones sociales y el último grito en los espectáculos, la belleza y el *sex appeal*, hasta las formas de cortejar y recrearse. Los cubanos se mantenían al tanto de los últimos estilos en los Estados Unidos. Los desfiles de modas norteamericanos eran especialmente populares en La Habana, y hacían presentaciones previas para los clientes locales en los estilos más novedosos en vestuario de noche, informal y deportivo. Los cubanos tampoco hacían concesiones al trópico: las pieles eran los artículos que más se vendían en los desfiles de modas.

En Cuba, la comunidad norteamericana siguió expandiéndose hasta llegar a casi diez mil residentes permanentes —una comunidad cuya influencia excedía con mucho a su tamaño, empleada en los niveles estratégicos de la economía en su conjunto. A esa comunidad se añadían cientos de miles de turistas norteamericanos. Para mediados de los 50, la cifra se aproximaba a los trescientos mil anualmente. La Habana se hizo de una reputación como buen puerto para que los marinos norteamericanos disfrutaran de permisos cortos. Decenas de miles de marineros y *marines* norteamericanos bajaban a los puertos

de La Habana y Santiago de Cuba, y gastaban un estimado de dos millones de dólares anuales. El novelista cubano Pablo Armando Fernández, en *Los niños se despiden*, escribía acerca de un cabaret habanero que «olía a *marines* americanos», una mezcla de «cigarrillos, whisky, chicles, loción Mennen, jabón Lifebuoy, tela de kaki y U. S. Keds».

Asimismo, los sindicatos del crimen organizado de los Estados Unidos incrementaron su expansión en Cuba. Después que fue derogada la Ley Seca, los intereses del crimen se expandieron al juego, la prostitución y las drogas. También invirtieron decenas de millones de dólares en hoteles de lujo, cabarets y casinos. Los espectáculos eróticos y los teatros pornográficos se convirtieron en prósperos negocios en La Habana. Se llegó a conocer a Cuba como la «zona de tolerancia del Caribe», «Las Vegas de América Latina» y el «burdel del Nuevo Mundo», lo cual contribuyó a profundizar la inquietud de incontables miles de cubanos.

Durante esos años se desarrolló en Cuba una cultura de consumo sin paralelo en otras partes de América Latina, respaldada principalmente por las importaciones norteamericanas y las inversiones de los Estados Unidos. Pero las apariencias engañaban: enmascaraban tensiones y frustraciones que se extendían amplia y profundamente por la sociedad cubana. Mientras que los cubanos disfrutaban de altos ingresos per cápita en términos latinoamericanos, vivían según los índices del costo de la vida norteamericano. Este alto ingreso per cápita en términos latinoamericanos, era bajo en términos norteamericanos, y los términos norteamericanos eran los que más importaban. La vida en La Habana era más cara que en cualquier ciudad de los Estados Unidos. Los problemas del costo de la vida pesaban onerosamente sobre la clase media y aplastaban a la clase obrera. Desde principios de siglo, los Estados Unidos se habían dado resueltamente a la tarea de «norteamericanizar» a Cuba, pero nunca se detuvieron a considerar las consecuencias del éxito: expectativas de Primer Mundo con posibilidades de Tercer Mundo e, inevitablemente, una enorme y creciente frustración residual.

Los vínculos estructurales con la economía de los Estados Unidos, no menos importantes que los psicológicos, sirvieron para crear expectativas tan poco realistas como inalcanzables. Simplemente, no era posible que la mayor parte de los cubanos sostuvieran una economía de consumo de esta magnitud en medio de las estructuras del capitalismo dependiente y de una economía basada en la exportación de azúcar. Los cubanos se habían acostumbrado a niveles de vida más altos de los que podían mantener. En la cúspide de los años de supuesta afluencia y prosperidad, incluso aunque los ingresos nacionales per cápita estaban muy por encima de gran parte de los de América Latina, los cubanos experimentaban un descenso en los niveles de vida y un aumento en el costo de la vida. Fueron años de expectativas crecientes y posibilidades decrecientes, y no está siquiera claro si en esos momentos los cubanos entendían la naturaleza de su dolencia.

Sí existía una creciente incertidumbre, sin embargo, cuyo principal elemento era la pérdida de confianza en el futuro. En gran medida, tal pérdida era consecuencia de las relaciones con los Estados Unidos, porque los cubanos se percataron

de que no podían mantener el nivel de vida que habían adoptado como rasero de su propio bienestar. La identidad nacional cubana sucumbía lentamente a la cultura material y al vicio comercial norteamericanos.

Lo que confería tanto poder a la presencia norteamericana en Cuba, y permitía a los Estados Unidos ejercer tanta influencia sobre la Isla, era la existencia, a todos los niveles estratégicos, de un tipo de infraestructura de hegemonía: las clases sociales y las élites políticas, vinculadas a los Estados Unidos por lazos culturales, por ideología y por necesidad económica, podían ser convocadas, en defensa de sus propios intereses, a actuar a nombre de las necesidades políticas de los Estados Unidos, y viceversa. Esta comunidad de intereses incluía a una vasta clase media empleada en empresas norteamericanas, a soldados entrenados por los Estados Unidos, plantadores dependientes de los mercados norteamericanos, miembros protestantes de las denominaciones norteamericanas, graduados de escuelas norteamericanas en Cuba, alumnos de colegios y universidades de los Estados Unidos, miembros de clubes sociales, organizaciones cívicas y asociaciones profesionales y de negocios norteamericanos, y a ambiciosos políticos de carreras en pleno ascenso.

Sería demasiado fácil sugerir, sin embargo, que estas posiciones carecían de ambivalencia y ambigüedad. De hecho, ningún otro atributo caracterizaba mejor a los sectores elitistas cubanos que su identificación con los Estados Unidos. Pero la emulación no iba aparejada a la aceptación. En realidad, por mucho que los cubanos se esforzaran, nunca estaban en pie de igualdad con sus patrones. Se sospechaba de la imitación y se le ridiculizaba, y el resultado era una indulgencia condescendiente y al propio tiempo burlona. Los norteamericanos exigían emulación y adaptación, pero rechazaban el producto terminado porque carecía de autenticidad. En su versión final, la emulación era la forma más completa de sumisión; los norteamericanos entendían esto, mientras que los cubanos sólo lo sospechaban. La disposición con que los cubanos trataban de integrarse a las estructuras capitalistas norteamericanas, adoptaban formas culturales norteamericanas y asimilaban elementos del sistema normativo sobre los cuales se apoyaban, no podía, en última instancia, entregarles el control sobre las fuerzas que gobernaban sus vidas más directamente. Los norteamericanos operaban sobre la base de una serie de presunciones: la más importante se refería a la familiaridad, de la que se derivaba la noción de que «algo especial» unía a Cuba a los Estados Unidos. En este caso, la familiaridad engendró, de hecho, su propia forma de desprecio. Los norteamericanos suponían estar lo suficientemente familiarizados con Cuba y con los cubanos como para captar de ellos imágenes para su música, sus películas y sus obras de ficción, y convertir más tarde esos fragmentos de la realidad cubana —que ellos mismos habían creado en gran medida— en un todo.

Para la mayor parte de los norteamericanos, Cuba no era un lugar que hubiera que tomar con seriedad. Era exótico y tropical, «tan cerca y, sin embargo, tan lejos» —como decía una tarjeta postal turística. Era un sitio para la diversión, la aventura y el desenfreno, un telón de fondo para las lunas de

miel, un parque de diversiones para las vacaciones, un lupanar, un casino, un cabaret, un buen puerto para los permisos cortos de la marinería —un lugar para echar una cana al aire, para correr una juerga, para parrandear. Estas circunstancias condujeron al surgimiento entre los cubanos de su propia versión de la familiaridad con los norteamericanos, y resultó en una relación de amor-odio con un pueblo con quien a los cubanos les resultaba difícil vivir, aunque no dejaban de comprender la dificultad mayor de vivir sin él. Paulatinamente, muchos comenzaron a poner en tela de juicio las suposiciones y la realidad cotidiana de su mundo, aun cuando disfrutaran de sus beneficios; su desesperanza aumentaba y se sentían cada vez más predisuestos a romper con el orden establecido.

La verdad es que incluso los más ardientes y fieles defensores del estilo norteamericano eran también susceptibles a los ocasionales llamados a los sentimientos antinorteamericanos, aunque fuera con el solo propósito de protestar por el exclusivismo de sus patrones. La subordinación engendró un conjunto de complejas relaciones. Que las élites cubanas se beneficiaran de la hegemonía norteamericana, no significaba que se hubieran reconciliado enteramente con su *status* dependiente y no se sintieran perturbadas por él. En las circunstancias adecuadas, también ellas podían involucrarse en un «momento nacionalista» como una expresión de su inseguridad social y de su incertidumbre económica.

Mucho de lo que ocurría en la Cuba prerrevolucionaria —incluyendo la explotación y la desigualdad— puede ser explicado en virtud del privilegio y del poder, pero solo si se reconoce que el privilegio y el poder no se correspondían exactamente con las ideas usuales acerca de las relaciones de clase. Los cubanos ocupaban un lugar privilegiado, pero en el contexto de las estructuras de un capitalismo dependiente, lo que implicaba la existencia de límites objetivos a su poder dentro de tales estructuras, y la virtual inexistencia de tal poder fuera de ellas. En Cuba, ser privilegiado tenía un precio. Y uno de los precios que resultaba crecientemente difícil pagar era la sostenida aquiescencia a los intereses norteamericanos fundamentales. Lo que hacía que esto fuera particularmente oneroso en los años 50 era que la economía se contraía, el desempleo se expandía, el costo de la vida aumentaba y los estándares de vida decrecían. Es cierto que muchos cubanos se habían más o menos americanizado, pero en formas que los norteamericanos no podían ni prever ni perdonar. Los cubanos habían adquirido en suficiente medida los valores, habilidades y expectativas del capitalismo dependiente como para articular su padecimiento de manera que constituyera un reto directo a las premisas de la hegemonía norteamericana en Cuba.

Si se trata de encontrarle sentido al temprano y comparativamente fácil éxito de la Revolución, es importante recalcar que, en diversos grados, los cubanos de todas las clases tenían motivos para quejarse del *status quo*, y que, en gran medida, esto era una expresión de los vínculos —históricos y presentes— con los Estados Unidos. Hubo un momento crítico, en 1959, en el cual todos los cubanos —hombres y mujeres, negros y blancos, gentes de todas las

edades y todas las clases— participaron en una jubilosa celebración nacionalista, sin percatarse de que la exaltación de lo cubano tenía orígenes diferentes y objetivos radicalmente distintos. La Revolución contenía tendencias diversas y divergentes, sustentadas en la expectativa de que el nacionalismo ofrecía a todas las clases el modo de ascender en la escala social —una posibilidad que, según muchos, solo podía alcanzarse a expensas del tradicional lugar privilegiado que ocupaban los norteamericanos en Cuba. Resultaba claro, asimismo, que la movilidad podría servir con igual facilidad como vehículo para el nacionalismo, y la ascendencia de las clases menos privilegiadas llegó a identificarse con la defensa de la nación.

Los cubanos nunca lograron resolver las contradicciones creadas por las relaciones con los Estados Unidos. Y, de hecho, estas contradicciones no podían ser resueltas —al menos sin antes poner a prueba las relaciones sociales y económicas existentes en Cuba, que a su vez, requerían, inevitable e inexorablemente, que se pusieran a prueba las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. El hecho de que la Revolución exigía que los intereses fundamentales cubanos fueran priorizados por la política nacional, tocó una fibra sensible en todas las clases sociales. Pero esto implicaba mucho más que un simple ajuste de los programas domésticos. De hecho, las fuentes de la hegemonía norteamericana eran tan profundamente institucionales, tan intrínsecamente estructurales, que la decisión cubana de conferir prioridad a los intereses nacionales por sobre los foráneos no podía dejar de producir una crisis internacional en primera instancia y de manera inmediata.

La Cuba prerrevolucionaria estaba tocando los límites del crecimiento económico y el avance social en el contexto de las estructuras del capitalismo dependiente, respaldadas por las exportaciones de azúcar. Grandes grupos de cubanos, tanto de la clase media como de la clase obrera, que buscaban mejorar individualmente y estaban comprometidos con la movilidad colectiva, se desesperaban al no encontrar soluciones en el contexto de las estructuras institucionales existentes, muchas de las cuales se derivaban de y estaban incorporadas a las estructuras institucionales norteamericanas. Estas instituciones ya no eran capaces de resolver las crecientes tensiones centradas en la exigencia de priorizar los intereses cubanos —precisamente lo que tales instituciones estaban destinadas a impedir. Si esto no se comprende, resulta casi imposible entender la relativa facilidad con que la Revolución triunfó y se consolidó, su política de movilización, y el papel desempeñado por los Estados Unidos en esa movilización. La Revolución, al igual que la respuesta a ella dentro y fuera de Cuba, era en última instancia una convergencia de circunstancias condicionadas por las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos; relaciones portadoras, casi desde su inicio, de las fuerzas que provocarían su propia transformación.

Traducción: Carmen González.

© TEMAS, 1996.